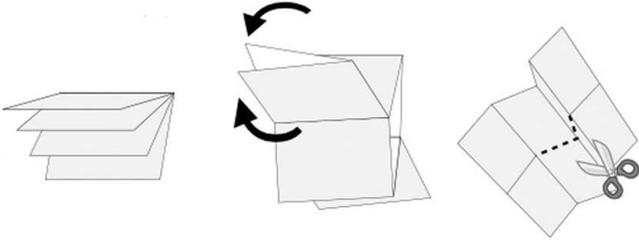


NAVARRO

DAMEL  
PÉREZ

HIERBA ZOMBI

2



NANOEDICIONES  
(SERIE Z)

DAMEL PÉREZ NAVARRO

MICRONARRATIVA - 074  
FEBRERO DE 2011

NANOEDICIONES  
[HTTP://NANOEDICIONES.COM/](http://nanoediciones.com/)

Licencia de Creative Commons  
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Unported  
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/> deed.es\_CO

Uno de los guardianes apuntó al zombi que había conseguido colarse en aquel bien protegido hotel de costa. Un chasquido metálico retumbó en el aire. El zombi cayó de bruces en el jardín y manchó la hierba. Atardeció. El cuerpo aún seguía en el mismo lugar, descerebrado, muerto después de muerto.

Anocheció y llegó el relevo y el hombre que había abatido al zombi le dijo que ya era hora, que le debía diez minutos y que se los pensaba cobrar. El relevo le dijo que no se pusiera así, que no era para tanto. El hombre que acababa de llegar ocupó su puesto en lo alto del muro mientras el otro se marchaba y le llamaba vago. La noche era negra. La hierba del jardín, también. Los nuevos insectos revoloteaban alrededor del siguiente guardia.

La hierba ya no estaba tan verde. Crecía como el pelo de un veinteañero peleado con sus padres. De ella se alimentaban unos insectos que estaban muertos, pero que aún no habían muerto por segunda vez. La nueva generación zumbaba como una piara de adolescentes nerviosos. Y babeaba, como si sobre aquella hierba bailara alguna Shakira zombi. Las moscas que revoloteaban alrededor del cadáver temían a aquellos nuevos inquilinos del jardín. También las libélulas. Y las hormigas. Y los escarabajos.

El guardián que había abatido al zombi se acercó al muerto y le dio un puntapié en la cabeza con sus botas militares y luego le rodeó y le pateó el culo y a continuación dio tres pasos más y se situó detrás de él y se fijó en los pies descalzos y vio en las plantas a unos insectos negros y torpes y devuelo errático y también se fijó en una carne que ya estaba corrompida antes de caer y manchar la hierba a la que ellos estaban mordisqueando y dijo *qué coño* y repitió *pero qué coño* cuando dos de aquellos insectos se apartaron del cadáver y volaron hacia donde él se hallaba.

El hombre retrocedió. Le dio la vuelta a su fusil. Lo empuñó como si fuera un bate de béisbol. Golpeó con la culata del arma a los dos lentos e indecisos insectos, que cayeron al suelo después de que se oyeran dos tímidos golpes, parecidos a los de una raqueta de ping pong. El hombre los pisó. Los insectos crujieron como patatas chips dentro de una boca.